



Montserrat Soto, el canto del bosque

HELGA DE ALVEAR. DOCTOR FOURQUET, 12. MADRID. HASTA EL 26 DE ABRIL. DE 4.500 A 12.000 EUROS

RESULTA especialmente satisfactorio comprobar la solidez sostenida y la capacidad sugestiva de una artista cuya obra primera me pareció ya de altísimo grado. Así ocurre con Montserrat Soto (Barcelona, 1991), que muestra su segunda individualidad en esta nueva galería, en Madrid, pero cuya trayectoria nacional e internacional cuenta ya con un amplio currículum que la sitúa en línea preminente y cualificada de la escena artística.

Si la exposición anterior ofrecía únicamente fotografías, ésta añade a aquéllas —que constituyen la columna vertebral y el eje de su producción—, dándole valor protagonista, una instalación de vídeo, *Sin título. Viento*, que cabe considerar que extrema un punto más el principal objetivo de su arte: unir espacios, hacerlos significantes mediante una intervención que los arranca de su ser y les infunde la idea de la que, por sí mismos, carecen. Su mediación pretende, además y las más de las veces, perturbar los dispositivos de mirada y entendimiento del espectador.

Al entrar en la sala principal de la galería, el espectador se traslada al seno de una caverna, una oquedad que asoma, por tres bocas distintas y por encima de otras tantas escaleras, a un luminoso exterior boscoso barrido por el viento, que agita furiosamente las densas ramas del arbolado. No hay más.

La pieza remite a otras suyas precedentes en las que, o bien la ascensión lleva a un borde superior que da a la nada, así el abismo bajo las nubes en *Paisajes en el anonimato I y II*, o bien una grieta o corte en el muro o en la piedra permite entrever el espacio natural exterior, como ocurría en la instalación *Falsos retornos*; o, también, una puerta se abre a un espacio horizontal interminable, como en *Los límites del edén*. Uno no puede apartar los ojos de la desolada fascinación que provocan esos lugares ante los que no hay nada, absolutamente nada. “En la proyección —declara la artista—, hay una referencia que es constante en mi trabajo, en donde el “afuera” de la imagen es aquello que se hace inaccesible. El espacio de la galería



SIN TÍTULO. VIENTO 3, 2003. VÍDEO. ARRIBA. SIN TÍTULO. CACTUS 2, 2003. FOTOGRAFÍA

se convierte en el espacio interior donde el espectador se cobija”.

Sin título. Viento sumerge al visitante en el canto del bosque, en el sonido del viento y de las ramas. Lo hace individual y privadamente, mediante unos cascos y no a través del sonido ambiente. Una propuesta acertada, que contribuye tanto al extrañamiento imprescindible frente al romanticismo, como a la singularización de la experiencia personal.

La exposición presenta una segunda pieza, *Sin título. Cactus*, tres fotografías en primer plano, cerrado, de otras tantas barreras de cactus, proyectadas sobre paredes, como las de la sala anterior, uniformemente negras. Apertura a un exterior violento —¿quién elude el miedo en el bosque, paraje del caos y la inseguridad, habitación de las sombras?—. Empalizada que veda el acceso o la huida, que opone sus púas urticantes a la fragilidad de la piel.

Esa voluntad de permanencia en el umbral, en el labio mismo del silencio, en la entreabierto muralla del ojo, define el empeño de la artista. Del mismo modo que lo hace —salvo excepciones que no son motivo de estas notas, aunque hayan deparado series igualmente significativas— hacia lugares preferentemente vacantes, de cuyo vano se desprende, sin embargo, cuanto hay de reflexión humana respecto a los ámbitos que habitamos o, mejor, que ocupamos con nuestra presencia y la sigilosa intemperancia de la mirada.

MARIANO NAVARRO